
PRESENTACIÓN

Amigo lector:

Como de costumbre, vamos a presentarte las lecturas que te proponemos en este *Cuaderno*. Esta vez (a diferencia del *Cuaderno* anterior) la mayor parte de la Revista la ocupa un solo texto de Légaut. Como queremos presentarlo un poco por extenso, encontrarás este punto más adelante, en estas mismas páginas.

Dentro de la Sección de “Otros textos”, hemos seleccionado sólo uno: el *Epitafio* que Tomás Moro preparó para su tumba. Es una pequeña joya que merece conocerse por su humor, su sabiduría y su humanidad. En la presentación que verás que le precede, hemos procurado recoger los datos más interesantes para situar al personaje y para comprender las razones que le llevaron a redactar ese epitafio cuyo excelente final dejamos sin comentar, abierto a la reacción de cada lector. Sólo queremos añadir lo siguiente: azares de la edición (el texto de Moro no se publicó en el número anterior por problemas de espacio) han hecho que el Epitafio aparezca a continuación de *La Cena*, y esa contigüidad permite descubrir, sin duda, las conexiones subterráneas que hay entre los temas y perspectivas de *La Cena* y la figura de Tomás Moro.

En la tercera Sección, “Suma de poquedades”, recogemos, en primer lugar, un escrito que nos envió Alejandro Muñoz hace unos meses. Reúne algunos poemas de Juan Ramón Jiménez que él relaciona con algunos puntos y citas de Légaut. Colaboraciones así siempre serán bien recibidas. Para terminar, os propongo, a mi vez, dos fragmentos de dos novelas. Ilustran, a su manera, dos elementos que Légaut expone en un texto del número anterior y en otro de éste: un elemento es la maternidad, que salió en el artículo sobre “paternidad de autoridad y paternidad de llamada” del *Cuaderno* de mayo; y otro es la presencia, que también tiene que ver con ese artículo y con algunas de las cosas que se dicen en “*La Cena*”, en este número de ahora.

Pasamos ahora a presentar, con algo de detalle, *La Cena*.

Proponemos un plato fuerte al editar este ensayo. Él solo podría componer un pequeño libro. Se trata de una entrevista de 1977 que es la tercera y última parte de *Interiorité et Engagement* [Nota: París, 1977, págs. 161-252.]. Viene inmediatamente después de la que, sobre la plegaria, publicamos hace justo un año [Nota: Ver: *Cuadernos de la Diáspora*, número 7 (noviembre de 1997), págs. 69-128.]. Ese libro donde se publicó *La Cena* tiene, pues, veintidós años. Fue el primero después de los tres que hicieron relativamente “famoso” a Légaut.

Por algunas de las observaciones que contiene, todavía se ve a Légaut cerca de su vida de campesino en la zona montañosa del Diois. Por otra parte, su estilo, apasionado y detallista, con afirmaciones como manotazos y con análisis de cirujano, tiene la fuerza y la urgencia del que avisa y prevé una grave crisis ante la que se imponen remedios radicales.

Tanto sobre el pasado como sobre el presente, se podrá estar o no de acuerdo con determinadas apreciaciones tuyas, que, al cabo de los años, podemos ver con otra perspectiva o intensidad (además de que también él varió durante los trece años en que todavía siguió escribiendo), pero su forma de entregarse en lo que escribía siempre valdrá para quien sepa apreciar ese elemento. Sin aspavientos, Légaut piensa como un deportado, como un hombre en situación hostil, centrado en sobrevivir. Ese es el cuadro en el que capta lo esencial. Como dice en una “advertencia” preliminar a todo ese libro: “no se trata de una exposición doctrinal, que hay que dejar a los doctores..., sino de exponer sobria y honestamente, con la precisión y la claridad posibles al autor, lo que un cristiano de hoy vive con integridad de espíritu, discreción de sentimiento y autenticidad de fe.”

La Cena es un texto que, como el de *La plegaria*, tiene forma de entrevista pero, en definitiva, es más bien una prolongada reflexión; de ahí el subtítulo que le hemos puesto. Versa sobre algo central en el cristianismo que, por serlo, conduce a un balance de todo su recorrido hasta llegar a las puertas del cambio al que está abocado si quiere

sobrevivir tras la desaparición de un régimen social que todavía lo necesitaba para sustentarse y que por eso, en reciprocidad, lo respaldaba a él; un cambio que Légaut plantea de una forma y en una profundidad que no es habitual.

Las trece preguntas que se le formulan (y que hemos numerado y destacado) fragmentan ese tesón reflexivo suyo y aligeran un poco la lectura de esta prolongada meditación, que no es fácil (pues, como dice un amigo, Légaut no es lo que se dice un autor de best-sellers...). Por otra parte, como también ocurría en el caso de *La plegaria*, la forma de entrevista tiene sus inconvenientes: favorece ciertas repeticiones, que entorpecen el curso de las ideas, y, además, impide a nuestro autor ceñirse, como tenía por costumbre, a unos esquemas de fondo que, pese a sus derivaciones, solían ser lineales y claros en último término.

Al notar esos inconvenientes, y por si pudiera ser útil, hemos procurado (siguiendo el consejo de otro amigo) destacar los temas que se suceden pero aglutinándolos. Nos hemos preguntado cuál es el punto de arranque de la entrevista, cuál, su inquietud básica y cuál, por último, su hilo argumentativo. Lo primero equivale a pensar un poco en la relación entre esta entrevista y la anterior, porque, al comenzar a leer, parece que la secuencia entre *La plegaria* y *La Cena* tiene una cierta lógica y encierra algún problema.

Desde un punto de vista general, el problema se podría formular así: si la plegaria es un fenómeno común a todas las religiones y está en el núcleo religioso del ser del hombre; si las religiones y ese núcleo religioso del hombre evolucionan hacia una mayor espiritualización e individualización (pese a tendencias regresivas que persisten en primar lo colectivo y lo material); si, a medida que se da esa evolución, la plegaria personal es cada vez más el centro de la religión, la “religión en acto”, como algunos dirían; ¿lo es también en el cristianismo, tal como sostendrían algunos por su práctica? Pero, si lo es, ¿dónde queda entonces la Misa?

Légaut, en la entrevista del número anterior (así como en otros textos de aquel *Cuaderno* monográfico), también daba a la plegaria una

importancia fundamental, con idea de retomar la vida espiritual desde la base del ser hombre de cada uno. Insistía en que la plegaria no consiste tanto en actos externos cuanto en expresiones que sobre todo se tienen que apoyar en algo más interior y continuo: una “plegaria silenciosa” y “esencial” que es como un estado de atención y de alerta, anclado en la misión personal, y anterior y primero respecto a cualquier adscripción consciente a alguna religión y a cualquier expresión. Por eso Légaut hablaba también de una “plegaria sin fe” (entendiendo por “fe” la adhesión a un determinado sistema de creencias) o de una “plegaria atea” (propia de un hombre seriamente inquieto). Así como insistía en su afirmación de que “por su propia naturaleza, la vida espiritual no es necesariamente cristiana” (MC, p.10); o también insistía en estas otras dos afirmaciones: “toda búsqueda que afecta a lo esencial del hombre de manera capital es plegaria” (IPPC, p. 199) y “todos los estados interiores, todas las acciones del hombre que son consecuencia no de los determinismos que operan en el mundo sino de una respuesta a la llamada constituyen su plegaria. (...) Sin pronunciar el nombre de Dios, toda formulación es plegaria si, ayudado por ella, el hombre es más consciente de sí.” (IPPC, p.199).

En esa línea, se comprende que Légaut (además de optar por un título como el de “*plegarias de hombre*” para encabezar los textos que él utilizaba) sólo se preguntase por la plegaria propiamente cristiana después de afianzar bien su base humana. De la plegaria propiamente cristiana podemos decir lo que él afirma casi a renglón seguido de una de las afirmaciones que acabamos de citar: “La vida espiritual [la plegaria] es específicamente cristiana cuando está esencialmente inspirada por lo que Jesús vivió antaño. Y es tanto más cristiana cuanto más uno entra en la comprensión de la historia íntima (...) que Jesús conoció a lo largo de los pocos años que duró su existencia. (...) Cuando un cristiano avanza en dicho conocimiento (...) está en vías de convertirse en discípulo y este progreso guarda estrecha relación con la atención que presta a lo que vive él mismo.” (MC, p. 10).

Ahora bien, en toda esa entrevista, incluso cuando Légaut se plantea la vida espiritual y la plegaria propiamente cristianas, no se menciona

la Misa. Con lo cual, podría parecer que, según su perspectiva, el culto “en espíritu y en verdad” se resumiría también en la plegaria (centro de la religión, “religión en acto”), y, por tanto, también se prescindiría de la Misa.[Nota: Entiendo por culto los tiempos, los actos “donde una religión se expresa y se afirma, se realiza, se extiende y se mantiene más plenamente” Ver esta definición y su desarrollo en Maurice GOGUEL, *Jésus et les origines de christianisme*, vol II, L'Église primitive, París, 1947, pág. 267 y ss.]

¿No confirma esto el hecho de que tantos, que siguen vivamente una inquietud religiosa, incluso con una clara referencia cristiana, sin embargo, han dejado la práctica sacramental porque se les hace insufrible o simplemente inútil de tan colectiva y gregaria, de tan administrada por la clerecía y pasiva para el resto, de tan vacía de palabras verdaderas, dirigidas a lo real humano, y de tan opaca en sus gestos y símbolos, cuando no escandalosa, como cuando se la presenta regida por la idea de sacrificio y de comida sagrada, así como por la idea de la “presencia real”, tal como habitualmente se mantiene todavía, aunque se hable menos de ella? ¿No parece, por otra parte, la plegaria (llámese recogimiento o silencio), la vía más adecuada para un camino religioso inter o supra confesional, que es lo que conviene en nuestro tiempo de búsqueda sin fronteras? Y, además, ¿cómo podría ser la misa el centro del cristianismo si, de hecho, en la situación actual, en el mundo rural se deja de celebrar por falta de sacerdotes y por falta de iniciativa de los cristianos, y, en las ciudades, las condiciones de masificación y otras son adversas y, además, por parte de la autoridad, no se abordan los cambios fundamentales que pondrían remedio a esas dificultades?

Todas estas cuestiones son las que examina Légaut pero desde una perspectiva que no deja lugar a dudas (pese a la dificultad que antes hemos planteado): para él, la misa sigue siendo la “celebración específica del cristianismo”, su tiempo y acción privilegiados. Si la plegaria es propiamente cristiana en la medida en que “está esencialmente inspirada por lo que Jesús vivió antaño”, y si lo es tanto más “cuanto más uno entra en la comprensión de la historia íntima (...) que Jesús

conoció a lo largo de los pocos años que duró su existencia”, entonces, el momento en que se renueva su última cena, su cena de despedida, es un momento privilegiado para esa plegaria. En las proximidades de la muerte, ese último acto de nuestra vida, y desde su perspectiva, es posible recapitular ésta con nueva profundidad en determinadas condiciones y tanto uno mismo como quienes le son verdaderamente cercanos.

Anudadas así plegaria y cena en el centro del cristianismo, Légaut aborda, desde ellas, el fracaso actual del cristianismo con preguntas ingenuas y sabias: ¿cómo es posible que la misa desaparezca en el medio rural y, poco a poco, desaparezca también en el medio urbano sin que pase nada?, ¿cómo es que la clerecía prefiera no cambiar nada y mirar hacia otro lado en lugar de preferir volver a lo esencial como es que la misa (como conmemoración de la Cena) se celebre allí donde dos o tres se reúnan en su nombre?, y, ¿cómo es que los cristianos tampoco se preocupan, pues, si dejan de asistir a misa, lo hacen sin nostalgia, y, si siguen asistiendo, no lo hacen sufriendo por el disgusto que les debiera causar lo poco que se adecuan las misas actuales a una verdadera conmemoración de aquella Cena?

Légaut se remonta a las causas que han contribuido a esa pasividad y desinterés. Emprende entonces su propia reflexión sobre aspectos del pasado del cristianismo y examina las doctrinas mencionadas antes sobre el sacramento (que ya no dicen nada, pese a que sobreviven prolongando carencias y desviaciones), así como las que favorecen la pasividad de los cristianos y que ellos mismos se la justifiquen evadiéndose así de su responsabilidad (en ese sentido va, por ejemplo, lo que dice Légaut sobre el deber de estado y la misión personal).

Pero, después de las causas, la tarea. Lo fundamental es la renovación de la Cena, en comunidades reducidas, reales, con verdadera comunicación entre sus miembros para poder comprender la trayectoria de Jesús y lo que debió de ser la relación entre él y los suyos, tal como se puede entrever desde la perspectiva de la despedida y del final.

Para ello, Légaut pone el acento en prepararse y en comenzar a construir la base humana de lo que tenga que venir. No se trata de conseguir algún cambio por arriba con métodos y formas de presión tomadas de la sociedad y de la política. Como tampoco la acción en el mundo va mucho más allá de las relaciones reales y limitadas a las que uno puede llegar. Légaut en este punto, como se verá, es exigente; igual que cuando examina la insuficiencia de la revisión de vida o de los métodos psicológicos en los grupos.

Como en la plegaria, Légaut se demora en lo que es fundamental en esa tarea de preparación: desear y buscar, cultivar y propiciar verdaderas relaciones humanas, hasta que de sus lazos surjan pequeñas comunidades atentas a lo esencial, basadas en búsquedas personales, en vínculos duraderos. En esas relaciones acontecen momentos de luz imposibles de tener individualmente pues la relación y la comunicación son intrínsecas al ser de cada uno y la plegaria, a un cierto nivel, nunca es individual, siempre es comunitaria. Y en esas relaciones también se vislumbra con realismo el camino por el que responder realmente, limitadamente, a los peligros que amenazan el porvenir de la humanidad y del mundo.

Tales son los temas mayores de este texto. Los hemos procurado enunciar brevemente, ensartados dentro de la argumentación de urgencia que Légaut sentía ante la crisis que vive el cristianismo, pese a lo que pueda ocultarla. Ojalá la lectura de esta meditación de Légaut sea tan útil a nuestros lectores como seleccionarla, traducirla y presentarla lo ha sido para nosotros. [Nota: Légaut trató también el tema de “La Cena” en el capítulo X de IIPPC, “Haced esto en memoria mía” (págs. 290-330). Hay una parte de ese capítulo (págs. 312-330) que está traducida al castellano en *Creer en la Iglesia del futuro*, Santander, 1988, págs. 139-163. Unas páginas de Légaut que tratan temas afines a los de La Cena, son los que, bajo el epígrafe de “Renovación de la Cena y búsqueda interior” de publicaron en el *Cuaderno* n° 4, págs. 8-11 y 35-57.]
